

aquellos Españolazos de otros siglos, conocidos con los remi-
nibles nombres de Rodrigos, Nuños, Gonzalos, Sandovales,
Corteses, Pizarros, Canos y otros que en aquellos tiempos
fuéron la admiración del mundo. A esos mismos debemos el
que se haya exterminado ya de la vista de los Españoles aque-
lla cruel raza de hombres sangrienta de la antigüedad, que
al paso que embestian como fieras al enemigo, eran tan men-
tecatos con las damas, que nadie delante de ellos osaba man-
char su pudor y honestidad sin que se expusiese á desdeñarse
en pública palestra; substituyendo los Señoritos Currutacos
de nuestros días con muchísima filosofía en lugar de tan bár-
bara costumbre la de mirar con indiferencia palabras que lle-
va el viento, y de llenar en cambio de improprios á la mas
virtuosa Señora quando les venga á cuento. Ellos son los que
en vez de aquellas bárbaras danzas de los antiguos Españoles,
que solo baylaban al son de músicas alegres y nacionales los
regocijos de que solian estar poseidos, han convertido hoy
en ilustres Academias la enseñanza de este precioso arte, lle-
vando sus conocimientos al grado de que nuestro público vea
con la boca abierta presentarse en escena baylando rigodo-
nes y piruetas al fiero Holofernes, al fugitivo Eneas, á la
desdichada Dido, á la fuerte Andrómaca, al caballo de Tro-
ya, y al elefante de Padovany. A esos Caballeritos debemos
la gloriosa revolucion de nuestros teatros, pues que ya van
logrando poquito á poco que los espectadores de nuestros
días, esto es, aquellas gentes que llaman de gran tono, en
vez de ir á reirse á carcajadas como hombres ordinarios á
las comedias de nuestros poetas antiguos, que no tenian otro
mérito que el de un lenguaje puro, acción interesante, y ar-
gumento admirable y gracioso, vayan hoy á los teatros á de-
leytar sus grandes almas con el dulce y sonoro eco de los
llantos, bramidos y crueles alaridos de los feroces trágicos,
que es en lo que hacen consistir la esencia y virtud peregrina
de este sublimado arte. A ellos se debe que nuestro insensi-
ble pueblo corra ya lleno de júbilo y algazara á ver aquellas
tiernas y deliciosas escenas trágicas, en que un galan aseña
con muchísima gracia á su inocente dama: á ver parecer al
virtuoso, quedando triunfante el tirano; y á ver seguir un

